

— ¿Es la campana de la iglesia de Favières?

— Sí, respondió Florencia, es la misma.

Y viendo que Bernardo se quedaba preocupado, la joven añadió :

— Tú mismo lo ves. Es preciso que ese cura se vaya de aquí.

VIII

El día siguiente al de la elección del señor Binant contra el señor Lefrançois, por una mayoría que los chanchullos descarados de las mesas electorales no pudieron desnaturalizar, un alguacil de embargos pegaba en la puerta de la casa del cura un cartel que anunciaba la venta de los muebles, ropas y objetos del señor Daniel, cura de Favières. No hacía un cuarto de hora que el cartel amarillo se destacaba en la puerta, y ya se había reunido un grupo de cincuenta mujeres que comentaban el suceso y sobre todo la manera de proceder del acreedor. Los comentarios no eran halagüeños para Lefrançois ni las buenas mujeres que los hacían empleaban ninguna consideración al formularlos.

— ¿No es un dolor ver á un propietario tan rico atormentar á un pobre hombre que no tiene más que su sopa y eso cuando la come?

— ¡Embargar á un sacerdote! Eso no se hace nunca.

— ¿Y qué puede esperar de la venta el señor alcalde? Bien sabe que el cura no posee por valor de veinte céntimos. No se cubrirán ni los gastos...

— Sí, pero le habrá embargado. Lo había prometido y lo hace.

— Es una venganza.

— Porque ha sido elegido Binant...

— Estará gracioso, bien mirado, el señor Binant en la Cámara, con su blusa. ¡Ha prometido no quitársela!

— ¿Creéis que su elección hará que baje el pan?

— ¡Sí, sí, busca!

— Entonces, ¿por qué le han elegido? El alcalde había prometido un camino á Blezy, y un puente para pasar el río, en vez de la barca.

— ¡Promesas que se lleva el viento!

— Binant es un buen hombre y el alcalde una mala pécora. Ya se ve en lo que hace con el cura...

— Parece que hay entre ellos historias antiguas y que se odian á muerte. Se dice que la mujer de Lefrançois...

La puerta de la casa se abrió y los comentarios se interrumpieron. Cuando salió el cura se pro-

dujo un intenso silencio. El padre Daniel pareció sorprendido por aquella reunión de gente ante su puerta, miró á su alrededor y como el cartel amarillo llamase su atención, se acercó para leerlo. Á las primeras palabras su cara fué invadida por un ardiente rubor. No siguió leyendo, se volvió en silencio, con la frente baja, atravesó lentamente los grupos, se dirigió á la iglesia, subió los escalones de piedra y desapareció bajo el pórtico.

En la plaza continuó el concierto de exclamaciones y de comentarios.

— ¿Habéis visto qué cara ha puesto, el pobre hombre, al ver el cartel?

— ¡Parecía un condenado á muerte!

— ¡Diablo! Casi es lo mismo... ¡Cuarenta y dos mil francos!... ¿Dónde va él á encontrarlos?

— Estoy seguro de que no tiene veinte francos en su casa.

— ¡Y su madre! De fijo tiene un accidente...

El guarda rural, que pasaba por allí, dió una nueva nota en aquel conjunto de lamentaciones.

— ¡Dejadle! Él se arreglará! Esa gente tiene siempre recursos. Se dirigirá á una vieja devota y saldrá del paso.

— ¡Buena es esa, Frottier! ¿Dónde está la vieja? De esas entran pocas en libra. La buena señora de Fresqueville hubiera pagado.

— Y mucho más siendo ella la que había mandado trabajar.

— ¿Conoces tú señoras que den cuarenta mil francos?

— ¡Podías casarte con una de ellas!

— ¡Vaya un *tupé* que tiene el hombre!

El guarda rural se enderezó el quepis de un empujón y dijo guiñando el ojo:

— Mis apreciables comadres, nada de historias ni de manifestaciones. No hay más que cumplir el bando sobre las basuras que se echan á las calles para que caigáis todas en falta...

Una tempestad de gritos y de risas acogió estas palabras.

— ¡Oh! Valiente farsante es el tal Frottier! ¿Dónde está ese bando?

— Pegado en el tablón de la alcaldía. Conque, así, mucho ojo y silencio...

Las comadres se dispersaron y la calle quedó vacía. En la taberna, Raison y el alguacil del juzgado, sentados ante una botella de vino blanco, estaban discutiendo las consecuencias del golpe teatral realizado por el alcalde.

— Ya está arreglado el *carcunda*. ¿Qué quiere usted que haga? Tendrá que marcharse.

— ¿Por qué? Si se las tiene tiesas, no podrá nada el alcalde contra él. Cuando le vendan sus trapos, si es que hay quien los compre, le que

dará siempre la cama, y es hombre que no necesita más.

— Si tiene un poco de valor, no se moverá y el alcalde tendrá encima que pagar los vidrios rotos. No es cómodo tener que habérselas con un deudor insolvente, que vive de pan y agua.

— Pero ¿y la madre de Daniel, cómo tomará la cosa? Es viva y las malas palabras son graves cuando se dirigen á un funcionario... ¡Si se la pudiera incitar un poco!... El cura no tendrá acaso tanta paciencia cuando se trate de su madre... Hay que intentar ese medio que puede que sea el mejor.

— Si sale mal, el alcalde está perdido.

— ¿Y qué? Este ú otro...

— Después de todo no ha podido vencer á Binant.

— No valía la pena de ser tan rico.

— No ha sabido gastar lo necesario.

— El vino no ha corrido bastante.

— Debía haber dado el dinero más hábilmente.

— Pero dar dinero es para él como arrancarse el corazón.

— No querrá, sin embargo, llevárselo al otro mundo.

— Su mujer sabrá darle buen aire...

— ¡Ah! ¡Su mujer!...

— ¿Qué?

Thiboré hizo un gesto y dijo bajando la voz:

— Me choca que Lefrançois no sea afortunado, porque los tiene...

— ¿Los tiene?...

— Sí.

— ¿Y de quién?

Los tres amigos, engolosinados por aquella promesa de crónica escandalosa, se acercaron y con los codos sobre la mesa, como si temieran que los oyese el alcalde, hablaron en voz baja.

— Sí, dijo el tabernero, hay un buen mozo que todas las semanas viene de noche á Fresqueville por el bosque, deja el caballo en un cobertizo de ganado y se introduce en el parque. Bridier, el carbonero, que duerme en la venta de los Hazards, le ha visto ya dos veces, pero no ha podido conocerle. No debe ser del país.

— Será algún galán de la ciudad.

— Habrá que contar esta historia á Malversin, que podrá ponerlo todo en claro... Parece que el odio que existe entre el alcalde y el cura viene de que Daniel, cuando era un hombre como usted y como yo, estuvo para casarse con la hermosa señora de Lefrançois, que era entonces Florencia Guepín...

— ¿Y acaso el cura rabia por ella todavía?

— ¡ Oh ! exclamó Frottier, cuya conciencia

se sublevó, á pesar de ser tan poco sensible.

— No hay « ¡ Oh ! » que valga, replicó Thiboré, repartiendo terribles miradas. Has de saber que los curas son capaces de todo... De todo, ¿ entiendes ? Lo mismo de quitarte tu mujer que de arramplar con tu dinero... Por eso es preciso que desaparezcan. ¡ Sí ! ¡ Que se vayan !

Y el tabernero descargó sobre la mesa tan vigoroso puñetazo, que las botellas y los vasos saltaron por el aire.

— No hay que romper el material, dijo Raison.

— ¡ Yo le enseñaré á ese cuervo á predicar contra mí ! rugió Thiboré, que estaba como la púrpura. Porque, en último resultado, cuando sube al púlpito á decir que no se debe ir á la taberna, trata de arruinar mi comercio. ¿ No es así ?

— Así es.

— ¿ Qué le importa á él que la gente se divierta tomando unas copas con los amigos ? ¿ Le estorba eso acaso para empinar el codo cuando dice misa ? Cada uno su oficio. Ese hombre me quita los parroquianos... ¡ Es preciso que se vaya !

— Ya se irá.

— Hace un año que estás diciendo lo mismo y aún le tenemos áuestas.

— Eso es, después de todo, lo de menos. Otro le reemplazará...

— ¡Pero no será él!

Un gran griterío que se produjo en la plaza interrumpió la conversación. Los tres camaradas salieron de la taberna y á la primera ojeada vieron un grupo que se estaba formando delante de la iglesia. En el centro estaban Lefrançois y la madre de Daniel y ambos parecían disputar violentamente. Los gritos procedían de un muchacho que estaba con la mano en el carrillo, lo que unido á la actitud del alcalde, indicaba claramente que éste acababa de aplicar un bofetón á su joven administrado.

— ¡Yo te haré gritar! ¡Muera el alcalde! exclamó Lefrançois. ¿Sabes tú lo que es un grito sedicioso, mico?

El muchacho retrocedió tres pasos y cambiando de táctica, gritó en tono de desafío:

— ¡Viva Binant! ¡Viva nuestro diputado!

Y dejando al alcalde, que estaba amarillo de cólera, se echó á correr en medio de una carcajada general.

— En cuanto á usted, señora, dijo Lefrançois, dirigiéndose á la madre del cura, quiero tener en cuenta su disgusto al juzgar las palabras que me acaba de dirigir, pero no abuse de mi bondad ni me caliente la orejas.

— ¡La bondad de usted! dijo con amargura la anciana; bien caro nos cuesta el conocerla... El

cartel que han puesto en nuestra puerta es una prueba de esa bondad... ¡El escándalo y la ruina para un pobre hombre que jamás ha tenido otro interés que el de los pobres; eso es lo que debemos á la bondad de usted! ¡Hay personas que caen sobre un país como la peste ó el cólera!

— Me está usted insultando, señora. ¿Olvida usted quién soy? Si su hijo no hubiera sido loco y no se hubiera arriesgado á arruinar á unos honrados obreros haciéndoles trabajar sin tener con qué pagarles, no me vería en la necesidad de perseguirle para recobrar el dinero que he adelantado.

— ¿Y por qué le persigue usted? Es sabido que él no tiene nada. ¿Por qué ha comprado usted esos créditos sino para hacerle daño? Él hubiera pagado, con el tiempo, aunque hubiera tenido que mendigar para no perjudicar á nadie. Pero usted quiere ahogarle y todo el mundo sabe por qué.

Al oír estas palabras el alcalde se puso lívido. Dió un salto hacia la anciana y exclamó, levantando la mano en un arrebato de furor:

— ¡Miserable mujer! ¡Merecería usted!...

No acabó. La puerta de la iglesia se abrió en ese momento y dió paso al cura, que avanzó, tan pálido como el alcalde, pero perfectamente dueño de sí mismo. Pasó por delante de su madre, fué á colocarse enfrente de Lefrançois, casi tocándole, y dijo lentamente:

— Señor alcalde, sea usted indulgente con mi madre. La cólera ha turbado su razón. Ha hecho mal en hablar de ese modo. Pero que el que esté exento de pecado tire la primera piedra.

— ¿Viene usted aquí á darme lecciones?

— No, señor, vengo á darle excusas.

— Yo preferiría mi dinero...

— El juzgado entregará á usted el producto de la venta que ha exigido. Y, por encima de todo, le responde á usted mi conciencia.

— ¡Bonita garantía!

— Es la única que puedo ofrecer, dijo friamente el cura. Cada cual da lo que tiene.

— ¿Qué pretende usted insinuar?

— Nada, señor alcalde. Estoy á merced de usted y á eso me atengo. Mi divino Maestro me dió el ejemplo de la sumisión y por indigno servidor suyo que yo sea, trataré de resignarme como él entre las manos de los fariseos.

— Nada de palabras latinas para disfrazar las injurias, gruñó el alcalde. No olvide usted que se dirige á un magistrado municipal y que si me falta al respeto comparecerá ante la policía correccional como otro cualquiera. Los jueces no se dejan influir por los trajes y la sotana no le protegerá á usted.

— Tampoco protege á los misioneros que son condenados á muerte por los bárbaros y por los

idólatras. ¿Por qué había de protegerme á mi contra usted?

— No exhiba usted tanto esa sotana, dijo en tono zumbón Lefrançois; ya sabemos cómo y por qué la tomó usted.

Al oír esas palabras, el sacerdote enrojació y en seguida se extendió por su semblante la palidez de la cera. Sus manos se crisparon y dió tres pasos con un aire tan amenazador que el alcalde retrocedió hasta donde estaban sus partidarios como para pedirles auxilio. Pero el padre Daniel se había ya repuesto.

— Dichas á cualquiera otro, dijo, esas palabras hubieran podido costarle á usted la vida. Para mí, que ya no soy un hombre, no tienen ningún sentido. Le perdono á usted su mala intención; vaya en paz.

Y bajando la cabeza, cogió el brazo de su madre y entró en la casa. Los que habían presenciado la escena se dispersaron comentándola en voz baja y calculando el alcance de las palabras cambiadas por el alcalde y el cura. Los amigos de Lefrançois eran los que discutían más ruidosamente.

— Tenía mala cara el padre Daniel, y yo, en lugar del señor alcalde, no me fiaría, dijo Thiboré. Si no hubiéramos estado presentes, no sé lo que hubiera pasado.

— ¿Cree usted que le temo? dijo con insolencia Lefrançois. No tengo con él ni para empezar.

— ¡Eh! ¡Eh! Es joven y fuerte.

— ¿Ha visto usted cómo se ponía rojo de cólera? ¿Y cómo apretaba los puños? Creí que se iba á arrojar sobre el señor alcalde.

— Mal hubiera arreglado así sus negocios.

— La cólera no reflexiona.

— ¡Un sacerdote!

— ¡Bah! ¡Qué inocente eres! ¿No son esos malvados con sotana los que cometen los mayores crímenes, sin que casi nunca se sospeche de ellos?

— Entonces, ¿cómo se sabe que son ellos los que los cometen?

— No tienes más que leer los periódicos: allí se explica eso.

— ¡Oh! ¡Los periódicos!

El alcalde se marchó, escoltado por Frottier, y Raison y Thiboré se quedaron para influir en la opinión y hacer correr el rumor de que el cura se había permitido amenazar á Lefrançois.

Una vez en su casa, el padre Daniel se sentó silencioso al lado de la chimenea, mientras que su madre iba y venía de la cocina á la sala y desahogaba su indignación con frases entrecortadas.

— No le traerá buena suerte á Lefrançois atacarnos de este modo. Es muy indigna su manera de obrar. ¿Qué va á decir el vecindario al ver al

cura en la indigencia. Es verdad que ya está acostumbrado, porque jamás ha visto veinte francos juntos en nuestro cajón. Los pobres sufrirán por esto... Pero vaya usted con estas razones á un ricacho que no sabe qué hacer con su dinero... ¡Con tal de que no te busquen quisquillas en el palacio episcopal!... ¡Y monseñor Esperandieu que tanto teme las complicaciones! Ésta debe parecerle grave, porque lo es. Los periódicos van á hablar del suceso y á envenenar las cosas según su costumbre. De todo esto no puede salir nada bueno. Hubiera bastado una buena voluntad, generosamente expresada, para detener la persecución.

La anciana se acercó á su hijo y dijo mirándole fijamente:

— Sí, si esa mujer tuviera un poco de corazón, no hubiera permitido á su marido que te atormentase después de haberte hecho ella tanto daño.

El cura levantó la cabeza y contestó con violencia no reprimida:

— No me hables jamás de esas cosas. Las he olvidado y no quiero que me ensucien el pensamiento.

La anciana salió sin añadir una palabra y le dejó solo. Daniel había olvidado aquellas cosas, era cierto. Pero en aquella hora crítica de su vida

reaparecían en él como fantasmas produciéndole asombro y vergüenza. Por eso era su cólera. Con los codos apoyados en las rodillas, con la frente baja y presa de una dolorosa meditación, volvía á ver aquel pasado que creía muerto y que resucitaba á pesar suyo. Veía bien que su madre tenía razón. La señora de Lefrançois hubiera debido impedir á su marido que persiguiera al que por ella había dejado el mundo. Solamente el recuerdo de las promesas cambiadas debiera haberle servido de garantía, porque aquella mujer se había prometido y aún oía su voz cuando le prometía no faltar á sus promesas. El jardinillo de Berthencourt aparecía á sus ojos como cuadro pacífico y risueño de la traición. Le parecía percibir el olor de las flores que bordeaban la estrecha calle en la que se habían paseado tanto tiempo cogidos de la mano, cuando ya Florencia había prometido á Lefrançois ser su mujer.

Daniel exhaló un profundo suspiro, no de pena, sino de lástima ante tanta doblez. ¿Valía el sacrificio de su carrera, de su libertad, de su porvenir, aquella mujer tan pronta en abandonar y fácil en mentir? ¿No había agrandado desmesuradamente el acto miserable que había cometido? Con repentina amargura se confesó que había obrado con la debilidad y la inexperiencia de un niño. ¿De qué le había servido estudiar durante tantos años

las riquezas filosóficas de la humanidad? ¿Para qué tanta ciencia si no sirve para disipar la oscuridad del problema de la vida? ¿Sería inmutablemente cierta la alegoría del viejo Fausto maldiciendo el error de su larga y laboriosa existencia y renegando de su saber?

La conciencia protestó contra tal conclusión que le obligaba á reconocer la inutilidad de la sabiduría y de la razón humanas. En el fondo de su ser se elevó una voz poderosa y pura que decía: «No, no todo es error é ilusión en la vida. El que la recorre con la vista fija en el cielo no se pierde en el camino y va derecho hacia la verdad. Por encima de las pasiones, de las debilidades y de las faltas está el deber, que la religión enseña á conocer y á respetar. No has malgastado tu vida, pues; consagrándote á la educación de los espíritus y al consuelo de los corazones cumples todos los días la función humana más alta y más noble, y te aproximas á tu Dios, que es la grandeza, la justicia y la bondad absolutas. Recuerda al que consintió en sufrir por el amor de sus criaturas, compara su pasión con la tuya y juzga el valor de tu esfuerzo. Déjate atormentar. Cada ultraje de tus enemigos te prueba su cobardía y su maldad y te venga al engrandecerte. Permanece en tu sencillez y en tu inocencia. Nadie existe verdaderamente fuerte sino el hombre casto.

Jesús lo fué y desde hace dos mil años está el mundo á su pies. Desprecia los efimeros placeres á los que tendrías que renunciar no bien gustados. »

El cura de Favieres se levantó lentamente y salió. Entró en el frondoso cementerio que separaba la casa de la iglesia y marchó por la calle de alineadas tumbas que mostraban sus cruces clavadas en la hierba y sus coronas secas por el viento. En aquel asilo de la muerte reinaba una paz profunda y se mostraba allí tan poderosa y tan terminante la prueba de la vanidad de las acciones humanas, que el sacerdote se sintió oprimido por aquella sublime evocación de la nada. Empujó la puerta de la iglesia, entró en la nave solitaria y se encontró en una oscuridad tranquila y serena que le envolvió como en un baño de calma y de dulzura. Se sintió purificado; su corazón envió á los labios un suspiro de alivio y de agradecimiento; se arrodilló y se puso en oración.

Á eso de las diez de la misma noche, Lefrançois se encerró en su despacho diciendo á Florencia que tenía que trabajar en sus cuentas y que no se acostaría hasta las doce. La hermosa rubia se dirigió entonces sin luz, á través del desierto piso bajo, hacia el pabellón en que recibía á Bernardo cuando venía en secreto á Fresqueville. Una vez en aquella coqueta habitación

Florencia abrió sin prisa la ventana y escuchó los leves ruidos de la noche. El aire era fresco y una oscuridad completa envolvía la pradera y los cuadros de flores del parque. Reinaba un profundo silencio solamente interrumpido por las ranas de los estanques, que anunciaban con sus gritos la lluvia para el día siguiente.

Al cabo de un instante crujió la arena del parque bajo los pasos de una persona que andaba con precaución y á pocos pasos del pabellón se dibujó en la sombra la silueta de un hombre. Florencia se quitó de la ventana, abrió la puerta, y el hombre subió prontamente la escalinata y se encontró cogido y atraído por el brazo de la que le esperaba. La puerta se volvió á cerrar sin que se hubiera pronunciado una sola palabra y solamente el ruido de dos besos turbó el silencio del pabellón. Bernardo habló el primero.

— ¿Vamos á estar á oscuras? dijo. Tengo un gran placer en estar á tu lado, pero sería mayor aún si pudiera verte.

— Espera, contestó Florencia, voy á cerrar las maderas para que no se vea desde fuera.

Y con una habilidad y una fuerza que admiraron á Bernardo, atrajo hacia sí las pesadas puertas de madera, las cerró con las barras de hierro y volviéndose hacia la chimenea, encendió un candelabro que alumbró repentinamente la

habitación. En un velador estaban dispuestos dos cubiertos y esperaban un ave fiambre, pasteles y frutas. Los dos amantes se aproximaron sonriendo.

— ¿Estás satisfecho? dijo Florencia. Ya ves que te obedezco con una sumisión ejemplar.

— Sí, eres amable y obsequiosa y esto es lo que me hace quererte tiernamente, pero acaso valdría más que fueses menos bondadosa y más amante.

— Esos son juegos de palabras, dijo Florencia riendo.

— ¡Oh! no bromeo, continuó Bernardo. Me parece que no tienes hacia mí la ternura apasionada que á mí me inspiras.

— ¿Una escena de celos?

— No. Sólo te acuso de indiferencia.

— Creo que una mujer que te recibe así en su casa á riesgo de perderse no te da prueba de que le seas indiferente.

— Perdóname, Florencia, soy un ingrato, lo conozco, pero tengo que quejarme, porque soy muy desgraciado. Te amo más cada día y no logro unirme más estrechamente conmigo.

— No soy libre. Tengo marido y necesito recordarlo cuando tú parece que lo olvidas... ¡Unirme más estrechamente contigo! ¿Puedo acaso?

— Eso depende de ti, pero falta que lo desees. Es singular nuestro estado de espíritu. Al prin-

cipio de nuestras relaciones eras tú la que demostraba más pasión, mientras yo estaba, no indiferente, pero desconfiado...

— Muchas gracias.

— ¡Oh! Te lo ruego, no tomes á mal lo que te digo. Es necesario que te explique lo que hay doloroso en mi ánimo... Bien sabes que entre nosotros había un obstáculo difícil de salvar...

Se miraron, un poco molestos por el recuerdo repentinamente evocado de Daniel. La negra sombra del sacerdote que tantas veces había nublado los pensamientos de amor de los dos jóvenes, parecía que en aquel momento se hacía más densa y más opaca. Bernardo movió la cabeza y replicó con energía:

— Lo que nos alejaba en otro tiempo debía aproximarnos ahora que es común nuestra falta. El remordimiento entre dos es menos pesado.

— ¡El remordimiento! ¡Estás loco! ¿Qué crimen he cometido?

— Has destruído las esperanzas, herido el corazón y aniquilado el porvenir de un hombre.

— ¡Palabras sin sentido! ¿Sabía yo que llevaría las cosas hasta ese extremo? Si todos los novios que no se casan se hicieran curas, serían insuficientes las iglesias. Hablemos seriamente. Acabas de decir que era yo la más apasionada, ¿no es así? Pues bien, sí, es cierto. Me gustabas, Ber-

nardo, y te encontraba reservado é irónico, lo que me contrariaba extraordinariamente. Tu frialdad me estimuló algo más de lo justo, quise hacerla cesar y lo he conseguido. ¿Vas á motejarme y á quejarte por eso?

— No es por eso por lo que te motejo ni por lo que me creo en el caso de quejarme. Es porque después de haberme obligado á amarte como tú querías, no me amas tú como yo deseo.

— Pero dime cómo querías que te amase....

Estaba tan provocadora, tan hermosa, que Bernardo se estremeció. La cogió en sus brazos, la estrechó como si quisiera incrustarla en él por entero, y dijo con la boca pegada á su oreja :

— No me basta ya ser para ti un objeto de capricho. Quiero más. Estas citas que me concedes en este pabellón no son suficientes para apaciguar mis deseos. Me separo de ti enloquecido por tu belleza, ardiendo por tus caricias, y tengo que esperar largos días para volverte á ver. Si me amases, no te conformarías tan fácilmente con una separación que te haría sufrir tanto como á mí.

— ¡Vamos á ver, Bernardo! Eres muy poco razonable.... Pero yo soy tan buena, que quiero tratarte con dulzura. Voy á volverme á Beaumont; yo me arreglaré para abreviar mi estancia aquí....

— Pero, ¿qué adelantaremos con que vuelvas á Beaumont?

— Podremos ir á París y vernos allí.

— ¡Siempre las citas de casualidad en los cuartos de hotel!

— ¿Y cómo encontrar medio mejor?

— Es muy fácil; deja á tu marido y vente conmigo.

Á esta proposición enorme, hecha con la mayor tranquilidad. Florencia le miró con inquietud, como si pensase que se había vuelto loco. Movi6 la cabeza con aire de cansancio y dijo :

— ¡Pero, Dios mío, y tiene el aspecto de hablar seriamente!

— Sí, por cierto. El pensamiento de que vives al lado de este hombre me es odioso. He reflexionado mucho antes de decirte lo que tanto te sorprende, y he pesado todas las consecuencias de ese proyecto. Vayámonos juntos á Italia, á vivir libremente. Te divorcias y te doy mi palabra de que serás mi mujer.

Florencia se echó á reir tranquilamente.

— ¡Qué bien arreglas las cosas! Pero, en conciencia, ¿crees que es necesario semejante escándalo? ¡Bastante adelantaremos los dos, cuando hayamos cometido la simpleza de hacer falsa nuestra situación en el mundo, para obtener la ventaja de almorzar y comer juntos todos los

días! Un amor sin intermedios cansa pronto. Creo que te quejas de lo que forma el mayor encanto de nuestras relaciones.

Bernardo no discutió y se contentó con repetir muy despacio:

— Tú no me amas, Florencia.

La joven no discutió tampoco, pero hizo uso del argumento más seguro que puede usar una mujer para probar á un hombre que le ama. Su cara, pálida en aquel momento, se inclinó hasta tocar la de Bernardo. Sus brazos le rodearon el cuello. Su turgente seno se oprimió contra el ancho pecho del joven y, juntos los labios en un gran suspiro, se abandonó en sus brazos.

IX

Acababan de dar las once en la torre de la iglesia de Favières, y el cura, después de acabar sus oraciones, se disponía á acostarse, cuando sonaron unos golpes dados con fuerza en la puerta de la casa. El padre Daniel era el único que estaba levantado, pues su madre y la criada hacía mucho tiempo que dormían. Cogió la lámpara, atravesó la cocina, llegó al vestibulo y abrió. En la oscuridad de la noche vió un niño que estaba sentado en el escalón de la puerta, en una actitud de desesperación y de cansancio inexplicables. Al ver al cura, alumbrado por la luz de la lámpara, el niño se levantó con trabajo y mostró una cara bañada en lágrimas.

— ¿Qué ocurre, amigo? preguntó el sacerdote. ¿Cómo es que estás en mi puerta á esta hora de la noche? ¿Por qué lloras?